
V I S I O N D E L A E C O N O M I A
E C U A T O R I A N A :

DECADA DE LOS 80

← HISTORIA, SOCIEDAD Y CRISIS EN EL ECUADOR*

José Moncada S.**

Deseo empezar mi intervención, dejando expresa constancia de mi agradecimiento al señor Director del Instituto de Investigaciones Sociales y a los organizadores de este V Encuentro de Historia y Realidad Nacional, por la honrosa invitación que me hicieron para que pronuncie unas palabras en esta sesión inaugural.

I. La crisis actual y sus antecedentes

Los organizadores de este V Encuentro han seleccionado como tema esencial el referido a la crisis en el Ecuador. Tal selección, no responde a ningún prurito teórico ni es el reflejo de una actitud mimética con eventos similares que tienen lugar en nuestro propio país o en otros países del mundo. Se trata, más bien, que el tema

*/ *Discurso pronunciado en la inauguración del V Encuentro de Historia y Realidad Nacional, Cuenca 1986.*

**/ *Rector de la Universidad Central del Ecuador.*

recoge una preocupación objetiva, real, la que el Ecuador atraviesa por una profunda crisis que no es sólo económica ni, menos aún, simplemente financiera. Es mucho más vasta, persistente y compleja. Es una crisis ideológica, cultural y política, lo que desde luego no significa admitir relaciones mecánicas entre lo social y lo económico ni mucho menos aceptar que el sistema de dominación vigente en el país esté pronto a desaparecer o a punto de derrumbarse repentinamente.

La crisis que padecemos, no es un fenómeno coyuntural ni repentino, sino producto de un proceso histórico y se expresa después del más acentuado crecimiento de las fuerzas productivas, de las inversiones y de la producción vivido por el país durante la década anterior. En efecto, en medio de una mayor y más diversificada producción, del surgimiento del petróleo y el aumento considerable de divisas por su exportación; en el marco de la expansión incesante de las inversiones extranjeras, la mayor ingerencia del Estado en la vida económica, el crecimiento vertical de la deuda externa, se fueron acumulando problemas y contradicciones, desequilibrios financieros, deformaciones sectoriales, expansiones desiguales de las diferentes regiones y provincias del país. Durante, especialmente, la década anterior creció la economía; aumentaron las importaciones, las exportaciones; creció el consumo, la concentración y centralización del capital; mas, soslayada por tan significativos crecimientos, también se desarrolló y ganó cuerpo la crisis, la especulación, la corrupción y el acrecentamiento de las desigualdades sociales.

Estos hechos podemos constatarlos refiriéndonos precisamente a los sucesivos encuentros sobre Historia y Realidad Nacional realizados en esta ciudad. Han pasado 6 y 2 años desde que en Cuenca se celebraron los III y IV Encuentros, respectivamente. Seis años representan un lapso muy breve; sin embargo, la etapa del proceso histórico en que nos desenvolvemos, de notables contradicciones y desajustes, de crisis y significativos cambios, determinan también que frecuentemente en pocos años ocurran una serie de hechos cuyo significado y dimensiones históricas y políticas es preciso ree-

xaminar para, a su vez, comprender debidamente la etapa que vivimos y la forma cómo podemos influir sobre los acontecimientos esenciales de nuestro país.

Hacia fines de 1980, el Ecuador se hallaba ya en una situación difícil, con una tendencia declinante de su economía, con una reducción de las inversiones; con un agravamiento de los desequilibrios externos; con expectativas de cambio, resultado del triunfo electoral del binomio Roldós-Hurtado, pero también con renovadas frustraciones al constatar cómo, una vez más en la historia nacional, el reformismo se encontraba en la encrucijada, incapacitado para hacer realidad las denominadas "21 Bases Programáticas", plataforma electoral con la cual una coalición de partidos políticos reformistas se impuso a los partidos tradicionales, expresiones políticas de las viejas clases dominantes del país.

Para contrarrestar la contracción de la actividad económica, el descenso de las inversiones y la agudización de los desequilibrios, el gobierno de turno optó por ejecutar una política económica consistente en favorecer a los principales dueños de los medios de producción: elevar el precio del azúcar, otorgar certificados de abono tributario, mantener generosos incentivos mediante la aplicación de leyes de fomento y protección, ejercer una austeridad presupuestaria, disminuir el encaje bancario, elevar el tipo de interés, aumentar la deuda externa. Los resultados de esta política, favorecieron sin duda los intereses tanto de las más importantes fracciones del capital privado nativo como del capital extranjero, pero fueron incapaces para detener el deterioro de la actividad económica y mejorar la suerte de los trabajadores, que continuaron perdiendo participación en la distribución del producto.

De ahí que 1982 y 1983 fueron años de profundización de la crisis, acentuándose la depresión en 1983, cuando el producto global cayó en más del 30/o, hecho que no había ocurrido en los últimos 50 años, produciéndose simultáneamente abultados desempleo y subempleo y una inflación superior al 520/o. Las difíciles condiciones prevalecientes a partir de 1981, desataron las impor-

tantes movilizaciones de los trabajadores y amplios grupos populares, las sexta y séptima huelgas del Frente Unitario de los Trabajadores que paralizaron al país en octubre de 1982 y en marzo de 1983.

La política económica ejecutada para tratar de revertir este comportamiento de la economía nacional y atenuar las tensiones sociales es historia más reciente: macro-devaluación monetaria primero y establecimiento de un sistema de minidevaluaciones diarias sucesivas después, elevaciones del salario mínimo vital, precios reales, modificación de encajes bancarios y de la tasa de interés, contratación de nueva deuda externa, otorgamiento de montos más altos de certificados de abono tributario, sucretización y renegociaciones de la deuda externa, concertación de convenios con el Fondo Monetario Internacional.

1984, año durante el cual se celebró en esta ciudad el 4to. Encuentro de Historia y Realidad Nacional, significó un repunte de la actividad productiva. Esta recuperación cíclica, si bien fue débil, frágil, inestable y limitada a algunas ramas y actividades económicas, se la disputaban el gobierno anterior y el actual como resultado —decían y dicen sus voceros— de la política económica ejecutada a su turno; mas, está claro que detrás de esta disputa existe una incompreensión que el capitalismo es así, que a la depresión sigue la recuperación y a ésta nuevamente la crisis que se gesta cuando todo parece normal.

Mientras tanto, como resultado de la política económica de los pasados gobiernos y, en general, del papel desempeñado por el Estado, en el país se produjo, durante especialmente los tres o cuatro últimos lustros, una intensa concentración y centralización del capital, una creciente circulación y valorización del capital financiero, una ampliación y vigorización de la dependencia estructural, un aumento y diversificación de la economía, un entrelazamiento de muchas de sus actividades, una intensificación de las vinculaciones comerciales, financieras, tecnológicas con el resto del mundo, una expansión y una mayor complejidad en el papel del Estado. En es-

te contexto, del capital monopolista, surgió una fracción minúscula, privilegiada, poderosa, la burguesía monopolista u oligarquía conformada por unos dos centenares de familias que, controlando veinte o treinta grandes grupos económicos, financieros y empresas, manejan y dominan lo fundamental de la economía del país. En la conformación de tales sectores conviene destacar la activa intervención del capital extranjero que, evidentemente, impulsó el progreso de las fuerzas productivas y la modernización de las relaciones de producción, pero desde el ángulo de sus intereses específicos que no son los de la nación.

Precisamente y como resultado de todo esto, emergió en el Ecuador una corriente subsidiaria del pensamiento monetarista de inspiración neoliberal, base de partida y fundamento de la política económica del gobierno actual.

Desde fines de 1984, el presente gobierno ha venido ejecutando una política económica destinada a restablecer la tasa de ganancia y recrear las condiciones que convienen a los capitalistas y, en especial, al capital monopolista: políticas de estímulo a la inversión privada nacional y extranjera; renegociación y sucretización de la deuda externa; amplio estímulo a la radicación de inversiones extranjeras en el país; establecimiento de tasas de interés flexibles y positivas en términos reales; frecuentes reajustes cambiarios y búsqueda de un tipo de cambio único, eliminando las restricciones en el mercado de divisas; reducción de aranceles; fomento de las exportaciones petroleras y no petroleras.

Los resultados de la aplicación de este variado arsenal de políticas económicas, dejan un balance desfavorable. Según cifras oficiales, se terminó 1985 con un crecimiento del producto del 3.80/o y se espera terminar 1986 con un crecimiento global de apenas 1.30/o. El servicio de la deuda, —de una deuda ya renegociada y en términos ventajosos según voceros gubernamentales— exige destinar no menos del 60o/o del valor de las exportaciones, admitiendo un precio de 14 dólares el barril de petróleo; la deuda externa crece, la inflación, la desigualdad social, regional y la fuga de capitales

también; las medidas encaminadas a fomentar las exportaciones no dan los frutos esperados. Los programas de ajuste, en cuyo desarrollo se aprecia la influencia de los bancos acreedores extranjeros y del Fondo Monetario Internacional son, desde el punto de vista de la atenuación de la crisis, sumamente discutibles. La salida del túnel aún no se ve.

El 11 de agosto de 1986, el gobierno nacional dictó un nuevo paquete de medidas económicas entre las que se destacan la desincautación de divisas —excepto las provenientes de las exportaciones de petróleo— y la “flotación” de la tasa de interés. Mediante estas medidas, el gobierno hizo nuevas concesiones a la burguesía, bajo el pretexto de mejorar la capacidad competitiva de las exportaciones y aumentar el ahorro interno; sin embargo, está claro que con la ejecución de ellas se reforzarán las tendencias inflacionarias, se deteriorará más aún la reserva monetaria, persistirán los desequilibrios de balanza de pagos, se acentuará la depreciación del sucre; se arruinarán empresas no monopólicas de la industria, la agricultura, el comercio; pues, al fin y al cabo, estimular el proceso de acumulación dentro del capitalismo, es favorecer la monopolización. En realidad, la monopolización es la naturaleza misma del capitalismo.

II. Crisis y soluciones necesarias y posibles

Nos hemos referido a lo acontecido especialmente en los últimos años; mas, está claro que como consecuencia de un largo, a veces lento, a veces más intenso aunque siempre inestable, deforme y sinuoso proceso de acumulación, hoy vivimos un país donde predominan las relaciones capitalistas de producción. Un país capitalista en el cual sobreviven y sobrevivirán relaciones precapitalistas, anacrónicas, atrasadas pero no porque tales relaciones sean ajenas al desarrollo del capitalismo en el país sino, mas bien, porque se encuentran íntimamente ligadas a él; lo cual implica que el capitalismo en el Ecuador tuvo un desarrollo peculiar, específico, profundamente irregular, el único que pudo darse en nuestra forma-

ción social. Vivimos este tipo singular de capitalismo, cuando el sistema capitalista, a nivel mundial, recorre la etapa imperialista, cuando está sometido a la acción histórica del socialismo. Ahora bien, el capitalismo tiene su lógica, sus leyes de comportamiento que nadie las puede alterar, entre ellas la crisis que, reiteramos, no es un hecho circunstancial, un agregado de problemas resolubles y parciales sino un fenómeno real, histórico, complejo, estructural, profundo cuya superación sólo empezará a ser posible cuando impere una correlación de fuerzas favorable a los trabajadores que les permita avanzar en la conquista del poder.

Si se comprende esto, debe quedar claro también lo estéril que es pedirle a este o a otros gobiernos que alientan la reproducción del capitalismo, que representan o sirven a la burguesía, que hagan tal o cual cosa o que adopten y ejecuten tal o cual medida que ni desean ni pueden hacerlo. Cuántas veces no se ha reclamado la presentación de opciones a determinada política económica. Cuántas otras veces no se han sugerido soluciones que incluso lucen razonables y sencillas y que sin embargo no son viables. Así por ejemplo, se dice que si la inflación se dispara lo conveniente es controlar los precios y la especulación. Que si hay anarquía y despilfarro lo pertinente es planificar. Que si existe desigualdad en el crecimiento de las diferentes regiones y provincias del Ecuador, lo correcto es canalizar más recursos en favor de aquellas más rezagadas y más pobres. Que si un gobierno es autoritario y represivo, lo adecuado es elegir a otro democrático y tolerante mediante los procesos electorales que cada determinado tiempo brindan la ocasión para que cualquier ciudadano ecuatoriano pueda ascender a la presidencia del Ecuador. Que si el Ejecutivo es fuerte y absorbente, lo que corresponde es elegir a más diputados de la oposición para que desde el Congreso fiscalicen los actos del Ejecutivo y lo mantengan en regla.

Se conoce sin embargo que en el marco del capitalismo muchas medidas y soluciones no son definitivamente posibles. Sólo lo serán en otro contexto, en otra etapa, cuando los trabajadores hayan conquistado el poder; de donde se desprende que, pretender que

en el actual contexto social y bajo el poder de la burguesía se podrán solucionar los problemas de los trabajadores, llevar adelante una auténtica planificación, eliminar la dependencia externa y preservar la soberanía e independencia nacional, es ciertamente ilusorio, es engañar y mantener a los trabajadores bajo el control ideológico y político de la clase dominante que controla el poder.

Naturalmente, esto no significa menospreciar un conjunto de tareas que pueden ejecutarse en las presentes condiciones, ni desechar cambios o reformas parciales. Así por ejemplo, no está mal que los trabajadores se unan y luchen para llevar al Congreso a sus representantes pero, reconociendo que ello no va a solucionar sus problemas ni los de todo el país. Tampoco puede ni debe ser mal visto que los trabajadores sostengan la necesidad de medidas diferentes de política, aún si estas fueran de imposible ejecución y/o que sólo podrán ser realizables en etapas superiores, cuando una diferente correlación de fuerzas políticas conquiste el poder.

La presentación de opciones dentro de la actual situación, tiene la ventaja de exhibir a la burguesía como incapaz de afectarse a sí misma para tender las demandas legítimas de los trabajadores, para que éstos adquieran clara conciencia de su responsabilidad histórica en la ejecución de los cambios profundos que exige el verdadero desarrollo nacional. Pero también por otro lado, se sabe que las clases dominantes siempre están dispuestas a realizar determinadas concesiones e inclusive a promover ciertas reformas para precisamente cerrar el paso a cambios más significativos, embretando o mediatizando a las clases dominadas a fin de evitar que estas cobren conciencia sobre la verdadera raíz de sus dificultades fundamentales y sobre cuál puede ser su verdadera influencia en favor de las transformaciones ecuatorianas. Este comportamiento, proclive a las reformas, suele hacerse presente cuando las condiciones económicas son más difíciles y, cuando a través de medios represivos, ya se han pretendido contener, sin conseguirlo, las demandas de los trabajadores y sectores populares en general.

Lo expuesto no es un llamado a la pasividad. No es un mensaje a

cruzarnos de brazos a la espera de que se derrumbe el capitalismo y la crisis sea superada. La crisis actual exige luchar contra el desempleo y subempleo, contra la inflación, por salarios dignos, contra la entrega de los recursos nacionales a la explotación extranjera; por el no pago de una deuda externa onerosa y que no ha beneficiado al pueblo; por la construcción masiva de viviendas; por el fomento del transporte público; por la entrega de tierras, crédito y cooperación técnica a los campesinos; por la expansión y mejoramiento de los servicios de salud; contra la represión; por la creación de una Central Unica de Trabajadores; por la paz y la reanudación de relaciones diplomáticas y comerciales con todos los pueblos del mundo; es decir, luchar por un conjunto de reivindicaciones, las más sentidas por los trabajadores ecuatorianos. Es la condición para su aglutinamiento y para que identifiquen las raíces del atraso del Ecuador.

III. La crisis y las perspectivas

A la luz de las consideraciones precedentes, parece indispensable hacer un esfuerzo por avisorar las perspectivas como el escenario en el cual se presentarán las luchas sociales y políticas del país. En tal dirección, se reconoce que 1987 y los siguientes años que restan para el término del presente milenio continuarán siendo difíciles. La economía nacional continuará moviéndose en la incertidumbre, oscilando entre descensos amortiguados y recuperaciones irregulares, parciales y dificultosas. La crisis actual no luce como un fenómeno transitorio ni se trata de un simple agravamiento de las condiciones de vida de la población. Ella refleja nada menos que la descomposición del actual sistema social y, por lo mismo, las perspectivas de solucionarla en el marco del capitalismo son verdaderamente improbables, como lo demuestran los hechos; siendo así mismo ilusoria la tesis de que abriendo más nuestra economía hacia el exterior, exportando más o confiando en una rápida recuperación económica de los países capitalistas desarrollados lograremos superar nuestros problemas.

En efecto, el carácter dinámico que sobre la situación económica del Ecuador podría ejercer la recuperación económica de países como los EE.UU. es enteramente incierto. La demanda externa sobre la producción ecuatoriana luce débil, en razón de las perspectivas de crecimiento relativamente lentas de las economías capitalistas desarrolladas; la persistencia de las prácticas proteccionistas y los cambios tecnológicos profundos que ya se han producido, otros que se avisan en las áreas de la Biotecnología, la Energía, la Ingeniería Genética, la Microelectrónica, la Robotización, que en gran medida conspiran contra la abundancia relativa de recursos naturales y de mano de obra del Ecuador.

Paralelamente y en lo que tiene que ver con la transferencia de recursos financieros a nuestro país, se debe tener presente el problema acumulado de la deuda externa, que representa cuatro años de exportaciones y que ya exige una corriente de recursos en dirección más bien contraria, esto es, el Ecuador convertido actualmente en un exportador neto de recursos en beneficio precisamente de los países capitalistas desarrollados.

Por otro lado, conforme lo destacamos unos párrafos atrás, la política económica de los últimos años, ha venido actuando precisamente en las esferas monetarias, cambiarias, financieras, para restaurar la demanda externa como el eje dinámico de la economía nacional; y sin embargo, la esterilidad de tal política en favor de la reactivación económica, ha sido y es evidente. La política económica sí ha sido eficaz, en cambio, para favorecer los procesos de concentración y centralización del capital, para estimular la monopolización hasta un punto en el cual se ha acentuado la desigualdad económica y se han activado los conflictos y las contradicciones políticas y sociales.

Consecuencia de todo un complejo proceso de monopolización a cuyo contenido fundamental no podemos referirnos en este acto, hoy tenemos en el Ecuador una estructura productiva coherente con una distribución muy concentrada del ingreso nacional; una estructura productiva destinada a trabajar para la desigualdad. Es-

to significa, aunque parezca contradictorio, que, en el pasado, otro eje "dinámico" de la economía ecuatoriana ha sido la demanda de cada vez más reducidos grupos sociales perceptores de muy altos ingresos.

Para el futuro, la continuación de la situación actual, tornará más desigual la distribución del ingreso y el mercado estará mucho más determinado por el consumo de los grupos adinerados y de las capas medias altas de la sociedad. Gracias a la demanda de estos grupos, se producirá y reproducirá la acumulación de capital, el consumo, las importaciones, las exportaciones. Los trabajadores continuarán aportando a la formación de este mercado con la venta de su fuerza de trabajo por bajos salarios, con el mayor contingente de desempleados, con la aglomeración de importantes masas de población rural en las principales ciudades, con la pobreza de los campesinos, con el agravamiento de las condiciones de hambre y de miseria que se viven en el país. En la inextricable lógica del capitalismo.

En tales condiciones, es ingenuo pensar que en el marco de la situación actual se podrá avanzar en una sensible mejor redistribución del ingreso, como condición para ampliar las dimensiones del mercado y hacer más eficientes las inversiones. Dentro del capitalismo es definitivamente inútil pretender alcanzar el bienestar de los trabajadores, eliminando los antagonismos de clase y las contradicciones vigentes en el Ecuador.

Nuestro país, como muchos otros de América Latina y del mundo que viven en situaciones similares, tendrá que superar los obstáculos esenciales que influyen sobre su desarrollo. Tendrá que avanzar en la conformación de una estructura productiva destinada a satisfacer las grandes necesidades sociales, en un marco de autonomía, independencia y participación del conjunto de la sociedad; afectando al capital monopolista. Tendrá que alinearse y luchar por un cambio sustantivo en el esquema actual de las relaciones económicas internacionales el fomento en las relaciones "sur-sur", un mayor comercio con los países europeos y socialistas y, hacer-

lo, en el contexto de nuevas formas de convivencia democrática.

IV. Algunas opciones políticas frente a la crisis

Las formas políticas a través de las cuales se aspirarán alcanzar propósitos como los arriba citados, son de muy difícil determinación. Para la clase dominante y sus partidos políticos, la crisis es la resultante de una excesiva ingerencia estatal y que sólo podrá corregirse con una adecuada política económica y el concurso de todos. Este planteamiento, es coherente con la concepción que esta clase —especialmente su segmento monopolístico— tiene respecto de la nación y del Estado, que lo considera como una entidad situada por sobre las clases sociales, que se desenvuelven armónicamente. Naturalmente y a tono con su propósito de preservar y reproducir el sistema actual, la clase dominante ecuatoriana estará pronta a rechazar toda medida que afecte al capital monopolista o a absorberla, en un intento por mediatizar a la “oposición”. Estará pronta a ejercer una política depresiva o represiva, democrática o subversiva, preservando o tirando por la borda viejos principios y códigos que hoy dice defender.

Otras fuerzas políticas sostienen la necesidad de una especie de pacto tácito entre las fuerzas “progresistas” para preservar la democracia y avanzar en la consecución de la justicia social, se admite así, como alternativa válida o quizás única la democracia versus el fascismo, suponiéndose, adicionalmente, que la justicia social es una meta factible de ser alcanzada en el marco del capitalismo. Dirigentes de otras fuerzas han subrayado la necesidad de establecer un sistema bipartidista, donde se produzca la alternabilidad de dos grandes partidos en el gobierno. No se ha dicho cuáles partidos y probablemente los proponentes olvidaron referirse a experiencias de países como Colombia, Venezuela y los propios Estados Unidos, donde a pesar del bipartidismo la crisis se agudiza y no muestra su final. Otras fuerzas, a través de analizar de manera superficial y rutinaria aspectos ciertamente complejos de nuestra realidad, sostienen que serán gobierno en 1988, con lo cual, creemos, se confunde a los trabajadores haciéndoles de paso

abrigar ilusiones en torno al régimen social existente. En muchos otros casos, otras fuerzas políticas aún no presentan en la situación actual ninguna alternativa en el plano político-ideológico ni electoral y apenas empiezan a definir estrategias y tácticas hacia el futuro.

Respetamos todas estas apreciaciones y no pretendemos hacer de ellas un motivo de antropofagia política; sin embargo, sí creemos indispensable que su formulación sea coincidente con una confrontación rigurosa con la realidad, reconociendo que el cuadro socioeconómico-político del Ecuador de fines de 1986, combinación de recesión, desempleo, inflación, dependencia, rezago de las inversiones, elevado endeudamiento externo, desigualdad social, desequilibrio en el desarrollo de las diferentes regiones y provincias, está comprometiendo su futuro así como exigiendo de los científicos sociales la presentación de nuevas opciones. En el curso de los próximos 14 años, el país deberá alimentar, vestir, educar y atender a 4.2 millones de ecuatorianos más que nacerán entre 1986 y el año 2.000, cuando el Ecuador tendrá muy cerca de 14 millones de habitantes.

Para vencer la crisis y avanzar en la atención de las necesidades fundamentales de la población nacional, es menester un cambio radical y profundo en la conducción del país, hecho que a su vez supone la emergencia, organización y movilización política de los trabajadores. El Ecuador es hoy un país donde la mayoría de sus habitantes son trabajadores asalariados y pequeños productores y propietarios del campo y de la ciudad; así, de una población económicamente activa de alrededor de tres millones de personas, unos 400 mil son obreros de la industria, la minería, la energía, la agricultura, la construcción; unos 300 mil son asalariados en el sector comercial; hay 250 mil empleados estatales; 120 mil docentes en todos los niveles; 150 mil artesanos; hay más de un millón de trabajadores agrícolas entre miembros de comunidades, campesinos, colonos, pequeños productores, indígenas, conformando una diversidad de grupos sociales con características étnicas y socioeconómicas y reivindicaciones diversas; existen miles y miles de pe-

queños propietarios en otros diferentes sectores de actividad. Toda esta población, en especial la trabajadora, no tiene aún clara conciencia de su importancia en el proceso productivo; la mayoría está ganada por la ideología burguesa y convencida de que lo que se requiere hacer para resolver los problemas del Ecuador, es contar con buenas recetas técnico-económicas y ciertas reformas en el marco del actual sistema social. Buena parte de esta población no milita en los partidos de izquierda; no conoce las raíces de los problemas del Ecuador; no distingue cuáles son sus enemigos principales ni cuáles sus aliados naturales con quienes luchar juntos y cómo vencer.

Está aún por verse qué partido político u organización de partidos, será capaz de aglutinar a toda esta enorme masa de ecuatorianos víctimas de la vigencia del actual sistema social, y de conquistar el derecho de conducirlo por las vías políticas y aún revolucionarias. Tal derecho no se lo alcanzará mediante la absurda prédica de creerse ser el único partido de izquierda ni buscando alianzas laxas y democratizantes. Tampoco mediante las simples prácticas reivindicacionistas, agitacionistas e inmediatistas cargadas de ilusiones y provocadoras de la represión. En las circunstancias actuales del mundo y de nuestro país, de profunda crisis, cuando no sólo la línea fondomonetarista sino las variantes reformistas de tipo neokeynesiano, se manifiestan impotentes para conseguir no sólo una vigorosa recuperación cíclica sino la superación de viejos problemas no resueltos en el Ecuador, está claro que el derecho de dirigir políticamente a los trabajadores será obra del partido que más méritos haga por aglutinarlos en torno al propósito de asumir como propia una lucha por construir, en nuestro país, un orden social coherente y superior. Al fin y al cabo, la historia de los movimientos sociales confirma que, en nuestro tiempo, para vencer al subdesarrollo es indispensable enfrentarse y doblegar a una constelación de fuerzas dominantes que se autoreforzan: la burguesía y el imperialismo, y avanzar hacia la construcción del socialismo.

V. El papel de los intelectuales o trabajadores de la cultura

Es en el marco de estas condiciones complejas y difíciles en el cual nos corresponde actuar. Por ello es que resulta imprescindible interrogarnos respecto al papel que los científicos sociales, los intelectuales, los investigadores, los economistas, los sociólogos, los historiadores, los antropólogos, los ingenieros, los médicos podemos y debemos de desempeñar en nuestro país. En tal dirección, parece inevitable empezar reconociendo que los científicos sociales no conforman un sector social homogéneo. En sus filas hay intelectuales que buscan desentrañar las raíces históricas de las dificultades a las que se enfrenta el desarrollo del país y hay muchos otros que buscan racionalizar y hasta idealizar el actual orden de cosas, en un afán de preservarlo y contribuir a su reproducción. En estas circunstancias, la confrontación de diferentes interpretaciones y planteamientos de soluciones, tienen que perseguir contribuir al debate teórico e ideológico en el país. Es lo fundamental, abandonando frecuentes actitudes de pedantería y de resentimientos personales consistentes en rechazar, condenar o deslegitimar el esfuerzo de muchos investigadores que, desde diferentes posiciones, buscan arrojar luz sobre los problemas especialmente de América Latina y de nuestro país. Nuestra tarea, como intelectuales, tiene que ser la de entregarnos a encontrar y difundir la verdad por vías verdaderamente científicas. En la situación actual del mundo y del país, cuando el problema más grave que enfrentamos es la crisis, la exigencia fundamental a los científicos sociales es la de contribuir al desentrañamiento de ella: saber en qué consiste, cuál es su dimensión política; qué opciones existen, por qué se da en la actual fase del proceso histórico del Ecuador; cómo otros pueblos que merecen nuestro respeto y solidaridad están enfrentando sus problemas estructurales.

Deseamos insistir en que somos enteramente conscientes de que hay diferentes clases de intelectuales. Que así como hay unos que se empeñan en conocer de mejor manera la realidad nacional actual y difundir la necesidad de cambios sociales significativos y profundos, que ayudan a que los trabajadores comprendan cuáles

son los obstáculos al desarrollo y sus enemigos fundamentales a los cuales vencer; hay otros que están íntimamente entrelazados y al servicio de las estructuras de dominación y de poder y hay también otros dispuestos a buscar y a encontrar motivos de conflictos, a ahondar diferencias y a pretender imponer a los demás determinadas estrategias y programas políticos.

De ahí que en las condiciones actuales del país, cuando nuevamente se acerca un período de intensa actividad electoral, a los trabajadores de la cultura nos corresponde superar discusiones estériles que incidan sobre la división de la clase trabajadora, como las de pretender ubicarla en una sola dirección político-electoralista o aspirando a imponerle determinadas tácticas partidarias. La próxima campaña electoral puede contribuir a abrir un nuevo y amplio frente de comprensión de los verdaderos problemas del país; sin embargo, también puede significar un serio peligro. De ahí la importancia de reconocer que la lucha por construir un país mejor, es una lucha ininterrumpida y que lo fundamental será la unidad de los trabajadores en base a exámenes críticos, serios, sistemáticos, que nosotros estamos en la obligación de emprender y difundir.

Naturalmente, no estamos en esta tribuna para impartir lecciones. Si nos parece, sin embargo elemental afirmar que Encuentros como el que inauguramos hoy, que han venido institucionalizándose y destacándose por su objetividad, llenando de prestigio al IDIS y a la ilustre Universidad Estatal de Cuenca, constituyen el mejor escenario nacional para conocer que nuestro país; como toda la Humanidad, transita por diversas fases históricas en su desarrollo. La actual, en el caso ecuatoriano, destaca una sociedad en crisis y dividida en clases frente a lo cual el intelectual no puede mantenerse neutral ni pretender aparecer fuera de la contienda. Los acontecimientos presentes y las perspectivas que se avisoran, reclaman inevitables transformaciones que el intelectual ecuatoriano está en la obligación no sólo de comprender y diseminar sino de contribuir a que ellas maduren. Los ejemplos de Espejo, Martí, Mariátegui, Ernesto Guevara en América Latina, destacan que

la historia sabe reconocer a los que comprenden y avisoran los procesos históricos y los cambios, como también y especialmente, a los que entregan lo mejor de sí a las luchas revolucionarias de sus respectivos pueblos, tales los casos de Bolívar, Alfaro, Salvador Allende. Hacemos fervientes votos porque hoy y siempre surjan en el Ecuador intelectuales capaces de acompañar las grandes transformaciones populares que, estamos absolutamente convencidos, la historia sabrá reconocerlos.

Un destacado humanista venezolano, Fruto Vivas, sostiene algo que, para cerrar esta intervención, me parece fundamental transcribir: "No bastan discursos, insultos a todo lo que vemos y hacemos. Algo debemos hacer. HAGAMOSLO JUNTOS. Volvamos a mirarnos las caras, a romper la hipocresía de la sonrisa de los saludos vagos. Tenemos un grave compromiso con la historia. Unamos nuestras soledades, juntemos esta angustia que nos devora y abramos una rendija por donde mirar al futuro".